

**LA SIERRA**  
y el  
**LLANO**

Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1969

# *El Ataque al Palacio Presidencial*

*13 de Marzo de 1957*

POR FAURE CHOMÓN

**E**L DIRECTORIO Revolucionario y Menelao Mora, unidos en una misma estrategia enfilaron sus esfuerzos hacia un objetivo: la eliminación física del tirano en el Palacio Presidencial. La tesis de «golpear arriba», como la popularizara el Directorio estaba en marcha. Pero esta vez, sería muy distinto a otros intentos que se habían fracasado anteriormente, con la pretensión única de atentar contra el dictador, sin previsión al no contar con el factor decisivo del pueblo, para asegurar el desenlace final que se pretendía y muy por el contrario se dejaban al azar las consecuencias que pudieran derivarse de su muerte. El plan nuestro era atacar y tomar la fortaleza donde residía Batista para ajusticiarlo, logrando de esta manera, además de su eliminación el mantenimiento de la rebelión al apoderarse del lugar donde había residido aquel poder abso-

luto. La decapitación del régimen sería total con la muerte de Batista y la ocupación de la sede de su gobierno, en que celebraba los Consejos, con sus corrompidos Ministros, recibía al Cuerpo Diplomático, a los miembros de su espurio Congreso, a los representantes de las clases dominantes que le hacían corte, a sus oficiales, policías y chivatos que formaban la alta esfera de sus íntimos. Eliminado el dictador y cayendo en nuestras manos el punto donde se cruzaban todos los hilos, que hacían posible el funcionamiento de todo aquel aparato de opresión y explotación, dejaríamos desarticulada —el tiempo necesario para que la Revolución avanzara— toda la maquinaria del gobierno tiránico.

La incorporación del pueblo a la lucha estaba en el plan, por eso se escuchó la voz revolucionaria de José Antonio Echeverría por radio, haciéndole un llamado al mismo para que se concentrara en la Universidad, donde después de muerto Batista se instalaría el Estado Mayor de la Revolución y desde allí dirigir todas las demás operaciones, que se irían realizando con las armas ocupadas, hasta lograr el aplastamiento total de la tiranía.

Tomado Palacio se mantendría en nuestro poder, ocupando para ello el sector de la ciudad que lo rodea. El próximo objetivo que atacaríamos sería el Cuartel Maestre de la Policía y así sucesivamente todos los cuarteles policíacos que se nos rindieran. Al mismo tiempo de la Universidad saldrían milicias a ocupar todas las emisoras y periódicos, desde las que se haría un llamamiento a la huelga revolucionaria y se darían las instrucciones sobre los lugates a que debía acudir el pueblo para armarse.

Aunque teníamos la seguridad de que con la muerte del tirano caería su execrable régimen, tratábamos con este plan de evitar que el triunfo le pudiera ser escamoteado

a la Revolución, en una componenda entre politiqueros y militares.

Para elaborar todo ese plan que desencadenaría la acción revolucionaria en La Habana y acoplar sus fuerzas, comenzaron una serie de reuniones entre los dirigentes del DIRECTORIO REVOLUCIONARIO y el doctor Menelao Mora, a partir de los primeros días del mes de enero. El contacto de Menelao con el Directorio lo era Carlos Gutiérrez Menoyo, a la vez que del Directorio con Menelao nuestro compañero Eduardo García Lavandero. La información recíproca que se había establecido por estos compañeros, nos identificaba en la misma concepción sobre el momento que vivía nuestro pueblo y en cómo darle solución a su horrible tragedia. Por tanto concertamos la primera reunión con Menelao, a la que fui con Eduardo García Lavandero representando al Directorio, en una casa de la calle Valle en la zona universitaria. Allí departimos durante algunas horas sobre nuestros propósitos y forma en que podríamos llevarlo a vía de hechos. Decidimos tener una próxima entrevista por donde avanzaría la empresa que nos proponíamos. En la barriada de Ayesarán volvimos a encontrarnos con Menelao, con la presencia esta vez de José Antonio Echeverría. Habló Menelao de la operación que pretendíamos con entusiasmo y fe indestructibles. José Antonio habló del futuro, de nuestras preocupaciones por el gran destino que le correspondía a nuestra patria, y que podía comenzar en el mismo momento de triunfar nuestro movimiento. En aquella reunión dos generaciones se hablaban. Una había sido tan portentosa que a pesar de haber sido traicionada, aún quedaba en pie uno de sus hombres hablando por ella, en aquel diálogo con la nueva generación que señalaba rutas a seguir mientras enjuiciaba severamente el pasado claudicante.

De todas las reuniones que precedieron al 13 de marzo, fue ésta la de más profunda significación. Aquellos dos hombres, diferentes en edades, eran semejantes por su forma de hablar; claros, tajantes, prometedores en cada expresión. A partir de aquella reunión quedamos también unidos ideológicamente. Al retirarnos Menelao me dejó una agradable impresión y al darnos las manos, fue como si nos dijera «confío en ustedes». De allí salió José Antonio satisfecho de la decisión que habíamos tomado, y convencido de que triunfaríamos.

Inmediatamente se reunió el Ejecutivo Nacional del Directorio Revolucionario, designándome a mí y al compañero Enrique Rodríguez Loeches, para que en su representación interviniéramos en la organización del proyectado ataque a Palacio.

Por este tiempo el movimiento luce tener dispersas sus fuerzas. A pesar del trascendental plan en que nos encontrábamos enfrascados, la acción del Directorio se hace sentir en las calles de La Habana (atentado a Orlando Piedra, quema de las perseguidoras<sup>(\*)</sup> en la Ambar Motors). Es a fines de enero que Eduardo García Lavandero sale clandestinamente del país en cumplimiento de una misión que le encomienda la organización. Ha aumentado el número de compañeros en la clandestinidad que se distribuyen por grupos en casas por toda La Habana, principalmente en el Vedado, donde teníamos nuestro cuartel general. Noticias o «bolas», alentadoras o desalentadoras, circulan por todas partes. La represión no cesa, aumentando cada día más. La gente parecía cansada, impotente frente al terror.

Esta era la situación cuando nos reunimos por primera vez en una casa de las Alturas del Vedado, para consi-

(\*) *Perseguidora*: auto patrullero de la Policía Nacional.

derar en todos sus pormenores las operaciones a realizar. Había llegado en unión de Enrique Rodríguez Loeches, encontrándose presentes además Menelao Mora, Carlos Gutiérrez Menoyo, Gerardo Medina, Ignacio González. Otros elementos considerados independientes se encontraban presentes, siendo preferible ignorar sus nombres, pues no fueron capaces de aportar alguna utilidad al plan, tratando más bien de sabotearlo. Sus nombres nada significan a no ser para concurrir ante un tribunal revolucionario. Hoy la memoria de nuestros mártires y el desprecio de los que sobrevivieron los condena.

Las operaciones con que se iniciaría el movimiento serían tres: la primera sería el asalto a Palacio por un comando formado por 50 hombres; la segunda sería una operación de apoyo a este comando en que participarían más de cien hombres y la tercera la toma de Radio-Reloj para difundir la noticia de la muerte de Batista y arengar al pueblo, debiendo el comando que realizara esta operación tomar después la Universidad, donde se instalaría nuestro cuartel general. El comando de 50 hombres iría con armas automáticas, la operación de apoyo contaría con unas diez ametralladoras calibre 30, unos 10 rifles automáticos, una ametralladora calibre 50 que iría montada sobre un eje en un camión, pudiendo girar en redondo y el resto de las armas serían fusiles cuyo objetivo principal habría de ser el de defender el equipo pesado. Se acordó asimismo llamar a Palacio «la casa de los tres kilos». Al dársele este nombre a la operación, se trataba de evitar que de haber alguna filtración por alguna conversación, alguien se percatara de lo que en realidad se trataba.

La operación comando se iniciaría atacando por la puerta del Palacio que da frente al Parque Zayas, por ser el único lugar por donde podría abrirse una brecha hacia

el interior del mismo, ya que este edificio, convertido en una verdadera fortaleza, sólo presentaba ese lado vulnerable, ya que la cantidad de visitantes a Palacio, obligaba a tener una verja de esa entrada constantemente abierta la cual cuidaba un solo soldado armado de ametralladora y con una mano puesta sobre dicha verja entreabierta y presto a cerrarla ante cualquier eventualidad. Habría que unir a la sorpresa una extraordinaria destreza, para evitar que dicho guardián tuviese tiempo de cerrar nuestra única entrada, dejándolo fuera de combate, lo que habría de ser «en un abrir y cerrar de ojos». De esta acción inicial se encargaría Carlos Gutiérrez Menoyo, por lo que nadie podría disparar un solo tiro hasta tanto él abriera fuego. Carlos afirmaba y garantizaba que él no fallaría en ese golpe inicial. Así, pues, las posibilidades de que todo el resto del mecanismo de la operación funcionara dependían de un sólo hombre.

El comando de asalto no podía estar formado por más de 50 hombres, ya que éste era el máximo que se había calculado, que podría trasladarse con discreción hasta la misma puerta del Palacio y producir el ataque por sorpresa.

Los hombres de la segunda operación de cobertura o apoyo de la primera, tomarían los edificios más altos que rodean Palacio: Bellas Artes, La Tabacalera, el Hotel Sevilla, la Asociación de Reporters, etc., y en las azoteas de los mismos se irían emplazando las ametralladoras calibre 30, cuyo objetivo inmediato sería barrer con su fuego la azotea de Palacio donde se concentraba la mayor parte de la guarnición. Lo que se perseguía con esto era que Batista no pudiera huir hacia la azotea del Palacio, asimismo evitar que la guarnición de la azotea interviniese en el combate dentro del edificio y finalmente establecer una cobertura de fuego que permitiera reforzar con hombres y parque a

nuestros comandos y sacar nuestros heridos en el máximo de peligro, al disponer de ese fuego protector que permitiría nuestros movimientos en la calle. También se harían algunos «nidos de ametralladoras» en algunas de las calles para dominar con su fuego las posibles entradas de refuerzos enemigos hacia Palacio. Además, el camión con la calibre 50 estaría listo para situarse en el lugar en que más falta hiciera, reforzando así la posición que más débil pudiera estar ante un ataque desde afuera para ayudar a Batista.

El jefe del comando que asaltaría a Palacio lo sería Carlos Gutiérrez Menoyo, yo actuaría como segundo jefe del mismo, Ignacio González sería el jefe de la operación de apoyo.

Discutido y aprobado el plan, hicimos la observación de que la información que se tenía hasta ese momento era muy pobre, y ésta la considerábamos fundamental en este tipo de operación. Era necesario tener una información, si no exacta, por lo menos aproximada sobre la cantidad de hombres que formaban la guarnición del Palacio, sistema de defensa del mismo, comunicación interior del edificio, planos, fotografías, etc. Menelao prometió conseguir más información, quedando todos de tratar de lograr lo mismo sin sacrificar la discreción. La presencia de Batista en Palacio la obtendríamos por medio de un «chequeo» que se le haría al mismo y que estuvo bajo la responsabilidad de Armando Pérez Pinto.

El comando de asalto estaría dividido en algunos grupos con su jefe y cada uno tendría una misión en el interior del Palacio. La toma de la puerta que da a la calle Colón lo haríamos los ocho hombres que llegaríamos en dos automóviles, mientras el resto de los compañeros se apeaban del camión. Ricardo Olmedo, al mando de un

grupo se encargaría de la planta baja, mientras yo con el primer grupo que había tomado la puerta seguiría por las escaleras hacia el segundo piso a cuya entrada me apostaría esperando a Carlos que subiría con otro grupo para continuar nuestra batida en ese piso. De ofrecerle resistencia en ese piso, una parte de los hombres quedaría combatiendo en el mismo mientras el resto seguiría escaleras arriba hacia el tercer piso combatiendo, mientras otro que habíamos formado seleccionando a los hombres estaría en constante movimiento tratando de localizar a Batista. La cuestión era acorrallar al dictador. El grupo de la planta baja tendría también que volar una planta eléctrica que se hallaba entrando a la izquierda, de forma que los elevadores se paralizaran por falta de corriente y por tanto Batista, sus guardias personales y soldados de la guarnición tendrían que moverse por las escaleras, pudiendo ser descubiertos más fácilmente. La pizarra telefónica debía ser volada también. Se contempló la posibilidad de que a pesar de que llegáramos al último piso, nos resultara imposible localizar a Batista, porque el mismo podía ganar la azotea a pesar del fuego intenso que tendría que haber de nuestra operación de apoyo sobre la misma. De producirse esta situación le daríamos fuego al Palacio, piso por piso hasta la planta baja. Para esta parte del plan quisimos llevar dos aparatos de los que se usan en el campo para desinfectar las plantas, llenos de gasolina, y que nos habían dado el mismo resultado de un lanza-llamas en la quema de las perseguidoras en la Ambar Motors hacía dos semanas, pero se consideró que esos aparatos no eran muy manuales por lo que era más práctico utilizar en ese caso la gasolina de los garajes del Palacio.

Aprobados y pulidos los planes militares en esta reunión de «Alturas del Vedado», pasamos a la consideración

de otros planteamientos. Uno de ellos lo hicimos nosotros al proponer que todos los que allí se encontraban debían participar activamente, con las armas en las manos en la acción. También acordamos invitar a otros sectores a que se unieran a nuestro movimiento como el 26 de Julio y algunos grupos auténticos que decían estaban «por la libre». Después de algunos cambios de impresiones como delegados de esas organizaciones, al final no se obtuvo ningún resultado positivo.

La siguiente reunión se verificó el día 20 de febrero en una casa de la calle Hospital, a la cual yo no pude concurrir. Allí estuvieron Menelao Mora, Enrique Rodríguez Loeches, Carlos Gutiérrez, Alberto Mora, Ignacio González, Gerardo Medina, Armando Pérez... Todos los presentes realizaron un informe del trabajo realizado hasta aquel momento. El propósito era atacar el objetivo antes del 10 de marzo. Armando Pérez, informó sobre el chequeo que pacientemente le hacía a Batista. Rodríguez Loeches informó que ya el Directorio estaba dispuesto para entrar en acción, pues el mayor entusiasmo reinaba entre todos los dirigentes de la organización, esperando sólo el chequeo definitivo para el ataque. Se rechazó la oferta llegada de que detuviéramos nuestros planes para que cierto sector de la Policía, que conspiraba, se coordinara con nosotros, aclarando tanto Menelao como el DIRECTORIO que la acción iba sólo con él y el DIRECTORIO REVOLUCIONARIO. Nosotros éramos incapaces de rechazar ayuda; pero también pondríamos en peligro la operación por confiar detalles y mucho menos subordinaríamos la ejecución de la misma a que estuviera de guardia un pelotón de policías que se suponía se sumaría a la acción. Terminada la reunión los complotados se retiraron poco a poco después de fijar la próxima reunión para fines de aquel propio

mes. En el automóvil que se marchó Menelao iba su hijo Alberto también. En el trayecto el auto es interceptado por una perseguidora que los detiene; uno de los vigilantes de esta última sube al carro de ellos y les indican que se dirijan a la estación de policía más cercana hasta que queden debidamente identificados. Alberto Mora se abalanza sobre el agente al tiempo que exhorta al chofer a que le imprima más velocidad al automóvil para escapar, pero muy por el contrario éste y otro acompañante detienen la marcha en la esquina de Zanja y Aramburu y echan a correr dejando a Menelao y Alberto luchando con el policía.

Alberto que se da cuenta de la situación, mientras forcejea con el policía, le pide a su padre que escape y le recuerda la empresa en que se halla, haciéndolo reaccionar a tiempo, pues ya se aproxima el carro patrullero de la policía que se había quedado retrasado, logrando Menelao irse.

Al finalizar el mes de febrero, nos reunimos una vez más en una casa en el centro mismo de la capital, en la calle Animas. Asistimos: Menelao Mora, Armando Pérez, Carlos Gutiérrez Menoyo, Ignacio González, Evelio Prieto, Enrique Rodríguez Loeches y yo. Lógicamente se dio inicio a la reunión con unas palabras de Menelao, narrando las peripecias en que cayó detenido su hijo y su obligación, en esos momentos más que nunca, de impulsar con el DIRECTORIO la operación proyectada contra el Dictador. Seguidamente se trató la situación de peligro para nuestros planes creada por algunos elementos con los que se había querido contar en un principio y estaban hablando demasiado, atemorizados por el acuerdo de que todos los que conocían nuestro plan tenían que intervenir en la pelea y de alguna forma querían hacernos fracasar para en-

contrar así la mejor justificación a su cobardía. Se tomó el acuerdo de hacerle creer a la vertiente «priista» que atacaríamos al Dictador en Puentes Grandes. A otra zona de curiosos, igualmente le ratificamos su creencia de que el ataque sería en la Feria Ganadera de Rancho Boyeros.

Nuestros propósitos de producir el ataque antes del día 10 de marzo se veían obstaculizados por los factores ya citados y por una serie de obstáculos que nos iban colocando en nuestro camino. Había que buscarle el remedio a esta situación. Menelao propuso una comisión militar formada por tres compañeros y que a partir de aquel momento tomara la dirección del movimiento y que inmediatamente comenzara a dar las órdenes necesarias. Para esta comisión Menelao me propuso a mí, a Carlos Gutiérrez y Armando Pérez, aceptándose por unanimidad.

Armando Pérez tuvo que continuar en su delicada misión de chequear a Batista, mientras Carlos Gutiérrez y yo a partir de aquel día, no parábamos un minuto tratando de resolver todo lo que estaba pendiente. Las dificultades que encontrábamos nos crearon días muy amargos, pero sin dejarnos dominar por el desaliento lográbamos superar las peores condiciones. Con la cooperación de nuestros compañeros del Directorio lográbamos ir saliendo adelante. Unas veces con Pepe Wangüemert al volante no cesábamos en todo el día de un sitio a otro. Otras veces era José Briñas el que nos auxiliaba o Julio García Olivera, a quien confiábamos alguna tarea. Revisamos los arsenales, se engrasaron las armas, se clasificó el parque y finalmente se empaquetaron listas para usarse. Había que alquilar urgentemente casas para acuartelar los hombres del comando de asalto y nos encontrábamos sin dinero. Resolvíamos el problema al proponerle a Carlos, utilizar un apartamento que tenía el DIRECTORIO, en un edificio estratégica-

mente situado en la calle 21 entre 24 y 22 en el Vedado, en el lugar donde hay una enorme furnia que incomunica la calle por lo que no había el más mínimo tránsito de vehículos o personas por frente a dicho edificio, facilitando esto nuestra labor. Aquello parecía un cuartel pintado para nosotros. Tuvimos que alquilar un apartamento más en aquel lugar tan ideal, pero el dinero no acababa de aparecer y fue entonces que Armando Pérez Pinto, en un gesto de total desprendimiento y que ya era característico en él, nos entregó el dinero de su sueldo de ese mes, haciendo posible que contáramos entonces ya con los apartamentos que necesitábamos para acuartelar en cada uno 25 hombres. En el apartamento que con anterioridad nosotros teníamos alquilado vivía yo con Fructuoso Rodríguez, Abelardo Rodríguez y Ubaldo Díaz, que eran los dos compañeros que habían escapado del Príncipe, José Briñas y Reinaldo León Llera. En el apartamento recién alquilado venían a vivir ahora Menelao Mora, Carlos Gutiérrez, Ignacio González y Pepe Castellanos. Inmediatamente se trajo a los apartamentos, catres, colchonetas y comida para cuando comenzara el acuartelamiento que habría de ser enseguida. Otros apartamentos que tenía el DIRECTORIO, se dedicaron para la operación de Radio Reloj. Los hombres de la operación de apoyo no podrían ser acuartelados por carecer nosotros de los medios necesarios para su sostenimiento, por lo que a partir del momento en que se diera la orden de estar listos mantendrían lo que nosotros llamamos un semiacuartelamiento que consistía en estar situados localizables en alguna esquina. La garantía de que aquel semiacuartelamiento iba a funcionar la daba Ignacio González, que confiaba ciegamente en aquellos hombres destinados a manejar las ametralladoras pesadas como Jimmy Morales, Ramón Valladares, Figue-

redo... los cuales, dada la confianza que tenía en los mismos, estimaba que no era imprescindible que se les «acuartelara».

La responsabilidad que se nos había fijado a Carlos y a mí estaba prácticamente terminada, faltando solamente mover las armas de los arsenales. No perdimos el tiempo e iniciamos seguidamente este delicado trabajo. Todas las armas fueron llevadas a un punto donde se distribuirían para las respectivas operaciones. Este lugar era el hotel Chateau-Miramar, donde bajo el ojo vigilante de Ricardo Olmedo, se fueron depositando hasta que salieron para los lugares de acuartelamiento. En aquel trasiego de armas sólo tuvimos un accidente que ocurrió al darle el alto un carro patrullero de la policía a los compañeros Castro Pillado y Alfonso que conducían dos rifles antitanques y algunos fusiles en un camión de la florería «Fin de Siglo». Se produjo la consiguiente balacera logrando escapar ambos compañeros, aunque Castro Pillado salió herido en un pie, quedando imposibilitado de participar en el ataque al Palacio.

La reunión formal verificada antes del ataque comando al Palacio Presidencial se verificó a las tres de la tarde del día 10 de marzo del año 1957 en uno de los apartamentos de la calle 21 en el Vedado. Ese mismo día se había dado la orden de acuartelamiento y comenzaban a llegar los compañeros a los apartamentos. Y ese mismo día en que el dictador conmemoraba el aniversario traidor ufanándose de su fuerza y poderío, un pequeño grupo de hombres ultimaban los detalles de la operación bélica más audaz verificada en Cuba, en sus 55 años de República. Por fin ya estaban los hombres y las armas de la operación comando situados y en disposición de actuar cuando se ordenara. El chequeo de Batista, seguía en la calle y por nuestra radio que sintonizaba la estación de



la policía, permitiéndonos conocer los lugares hacia los que se movía el Dictador, durante las veinticuatro horas del día. En los apartamentos reinaba el orden, leyéndose avisos que decían: «silencio», «no fumen más de cinco a la vez», «lea, no converse», «duerma», «camine descalzo», etc. Allí estaban los hombres del Directorio Revolucionario, Ricardo Olmedo y su grupo de Luyanó, Gerardo Medina y el grupo de Pinar del Río, Orlando Manrique y un grupo de sus amigos y quien recuerdo me dijo: «No espero más por nadie, me tienen cansado. Estoy por la libre, por esto estoy aquí.»

El día 12, casi se produce el ataque a Palacio. Los compañeros de la operación de Radio Reloj estaban esperando por la orden de arrancada. Los de la operación comando en iguales condiciones, faltando sólo el aviso de la operación de apoyo, cuando en eso llega el aviso de que Batista ha entrado en Palacio. Son cerca de las seis de la tarde y estoy hablando con Carlos Gutierrez Menoyo. Es como si nos hubieran dado un corrientazo. La cara de Carlos se ilumina de alegría y con amplia sonrisa me dice: ¿Vamos? Hacía un momento habíamos estado hablando de que a esa hora no podíamos actuar porque nos sorprendía la noche y la misma estaba en nuestra contra, por no ser conocedores del terreno en que íbamos a combatir y porque el pueblo se mantendría a esas horas dentro de las casas. Le recordé esto a Carlos, además, nada sabíamos de Ignacio por lo que estimaba debíamos esperar hasta el otro día. Carlos reflexionó y asintió pero nos preparamos para estar en disposición de atacar por la mañana temprano. La noticia había circulado por los dos apartamentos y los hombres estaban en tensión. Se dio la orden de dormir con el aviso de que mañana sería el día. Unos durmieron plácidamente, otros conversaron en voz baja

toda la noche, mientras los menos escribían a sus novias, esposas, madres, hijos o padres. Así entramos aquel puñado de hombres a la fecha que haríamos histórica con nuestra acción: ¡el 13 de marzo!

## II

La madrugada del 13 se nos fue, sin apenas notarlo, entre las preocupaciones que nos acosaban, tratando de ajustar los últimos detalles. Era el centro de las mismas, la idea de que Batista se nos pudiera escapar durante las horas que faltaban para que llegara el día en que teníamos concertada aquella cita con la Historia.

Constantemente había un compañero de turno con los audífonos pegados a las orejas. Allí, en una esquina de la sala atestada de hombres acostados sobre el piso, a algunos de los cuales tuvimos que despertar porque «roncaban» al mismo tiempo, haciendo mucho ruido, que se nos antojaba podría llamar la atención, estaba el radiomaleta abierto sobre una silla, la tapa sobre el espaldar, en la que estaba pegada la clave que atentamente vigilaba el «chequeador». Este, sentado al lado y apoyado sobre una mesa de sala, apuntaba cuidadosamente todo cuanto escuchaba, en una libreta haciendo constar la hora. A cada rato saltaba de la silla el compañero de turno para interrumpir la «tertulia», y comunicarnos algún movimiento que consideraba de interés, provocando casi siempre el mismo comentario: «Batista sigue en Palacio». Otras veces alguien se alejaba del grupo para revisar lo que se había captado por el receptor. Toda la madrugada estuvimos en este trajín incansablemente los que formábamos aquella tertulia de susurros: Carbó, Machadito, Wangüemert, Abelardo, Osvaldito, Leoncito, Briñas, Tony y yo.

Hablábamos de la operación y de otros temas disímiles, de guerra, política —que era casi la misma cosa— planes para el futuro, proyección que debía tener nuestra Revolución, de la justicia revolucionaria (que debía ser im- placable), de la ingerencia americana en nuestros asuntos, anécdotas personales, y hasta de arte, pues teníamos en el grupo la competencia de dos artistas que habían pasado los días de la clandestinidad y acuartelamiento embarran- do lienzos, que sometían a nuestra «crítica». Estos dos pintores eran Wangüemert y Briñas. Recordábamos la «bronca» de hacía unos días, cuando Briñas nos presentó un óleo que representaba la cara de una mujer de contornos difuminados, el que le ganó nuestra felicitación, pero «Peligro», que es como llamábamos a Wangüemert por sus inventos fantásticos y por su osadía, entendió que aquella obra pictórica no estaba terminada y procedió al «arre- glo» aplicando sus dedos a la pintura fresca del cuadro. El resultado no agradó a Briñas, que calificó a Wangüemert de «envidioso» porque había destruido una magnífica pintura. Le dimos la razón a Briñas, provocando se encen- diera aún más la polémica, recordando éste sus estudios en «San Alejandro», y ripostándole Wangüemert con base en sus amplios conocimientos de pintura moderna. Reía- mos todos en la madrugada, recordando el simpático incidente, mientras Carbó y Machadito aprovechaban para intercalar un chiste. Era la última escena en aquella casa que había sido, con anterioridad a este acuartelamiento para el ataque al Palacio, el cuartel general del mejor grupo de acción que haya conocido y que entonces actuaba en La Habana «sacando la cara» por el desorga- nizado y débil movimiento insurreccional de la capital. Aquellos hombres de acción dedicaban las horas en la casa

a leer o a pasar el tiempo en discusiones sobre los más apa- sionados temas.

Este era el prototipo del hombre que acudiría a Pa- lacio a morir por la Libertad. Así era de limpia y pura la conducta de los combatientes que perseguía y acosaba la represión del déspota.

Otros capítulos habrá que dedicar al conocimiento de la vida de aquellos mártires que respondieron al llamado de José Antonio Echeverría y Menelao Mora. Hombres de veinte y cuarenta años de edad eran los que formaban aquel comando glorioso. Hombres mayores, como Norberto Hernández, ex combatiente de la guerra civil española, expedicionario de Cayo Confites, gran jugador de ajedrez, presente en la lucha desde el mis- mo día 10 de marzo, que a pesar de no estar muy con- vencido del éxito del ataque a Palacio, supo marchar adelante encontrando la muerte, junto a hombres jóve- nes como Ormani Arenado, cuya presencia en el acuar- telamiento jamás olvidaré, por la impresión que me causó al ver la firme determinación de aquel compañero estudiante de Arquitectura, que con su cara de imberbe, sencillo y tranquilo me saludó como si estuviera haciendo la cosa más natural del mundo. Tan joven era que sentí deseos de evitar que empuñara un arma aquel día, pero el respeto que me merecía no me lo permitió y cayó tam- bién para siempre en el combate del 13 de marzo.

Revolucionario de la misma formación que la de estos compañeros caídos eran los que aquella madrugada dormían en los dos apartamientos de la calle 21 o char- laban en la animada tertulia, esperando por la ansiada señal de partir hacia la libertad o la muerte.

Con la llegada de los primeros claros del día, decidí hacer un recorrido por los alrededores del Palacio en unión

de Pepe Wangüemert. Estábamos muy cansados a causa de lo poco que habíamos dormido en esos últimos días, por lo que hicimos una parada en la «plaza del Vedado», tomando café para espabilarnos un poco. En pocos minutos estábamos pasando por un costado de Palacio pudiendo observar que había algunos carros del SIM apostados en las calles colindantes, mientras uno o dos más daban vueltas continuamente por los alrededores. Nos detuvimos en el edificio de Bellas Artes, hacia donde se dirigió Wangüemert para «echar un vistazo», conversar con los policías que cuidaban al mismo y tratar de tomar alguna información de la indiscreción de éstos. Regresó Pepe, comunicándome que todo estaba normal y que el Dictador no había abandonado su guardia. Seguimos por varias horas dándole vueltas a Palacio, vigilando todos los movimientos de sus guardianes en el exterior del edificio, quedando satisfechos de ver lo confiados que parecían. Comentábamos lo estúpidos que eran los agentes que, desde los carros del SIM, cuidaban a Batista, sin llamarles la atención nuestro automóvil, de un color escandaloso rojo mamey, que a una hora en que hay muy poco tráfico de vehículos, daba vueltas continuas alrededor de Palacio, teniendo que pasarles varias veces por el lado. Sin embargo, muy pronto perdimos nuestra confianza al encontrarnos en uno de aquellos recorridos con que las calles que conducen a Palacio habían sido cerradas con unas barreras de madera. Inmediatamente regresamos a nuestro cuartel, donde hablamos sobre la nueva situación con Carlos y Menelao. Esa medida tomada por la guarnición del Palacio desbarataba nuestros planes, pues resulta imposible realizar el ataque al no poder acercarnos en nuestros vehículos hasta la misma puerta del objetivo; además ello era indicativo de que nuestro plan se

había filtrado, poniendo en alerta al Dictador. En consecuencia, cosas peores podíamos esperar en las próximas horas. Regresamos a Palacio en compañía de Carlos para realizar una nueva inspección. Todo lo encontramos exactamente igual que como lo habíamos dejado. Allí estaban las barreras cerrando las calles; al verlas, Carlos entonó una canción popular de esos días que decía: «esto pinta mal». De vuelta a los lugares de acuartelamiento, todo quedó aclarado cuando uno de los compañeros que acababa de despertar y escuchar nuestra conversación, nos informó que la colocación de esas barreras no era nada anormal, ya que él, por trabajar en una ruta de guaguas de las que pasan por ahí, sabía que cuando Batista estaba en Palacio y en horas de la noche se acostaba, se instalaban aquellas barreras para evitar el ruido mientras el Dictador dormía y cuando el mismo se levantaba por la mañana las retiraban. Así ocurrió, a eso de las once de la mañana, lo que nos fue informado por Armando Pérez Pinto.

Sin perder un minuto de tiempo, dimos la orden de estar listos para iniciar la marcha sobre el Palacio en cualquiera de las próximas horas. Cada hombre tomó su arma, los peines que le correspondían y algún parque de repuesto. Ya el comando de asalto, formado por una cincuenta de combatientes estaba en atención con sus armas —unas 25 Thompson, M-2 y M-3— y el resto de carabinas M-1 perfectamente engrasadas y con una bala en el directo, listas para hacer fuego.

Solamente tuvimos la desertión de dos hombres que se acobardaron a última hora, quedando retenidos en el apartamento donde estaba Menelao, bajo la vigilancia de Castro Pillado que estaba herido, y de otros dos compañeros, Agustín Tejada Pita y Fernando Izquierdo, que debían trasladar del lugar a Castro, una vez que hubié-

ramos partido hacia Palacio y no se hiciera necesario mantener retenido a los desertores.

Desde horas tempranas habíamos situado el camión que conduciría el grueso de los compañeros, parqueado al lado del edificio, quedando las puertas traseras frente a un pasillo lateral del edificio, hacia el que desembocaba una escalera auxiliar por las mismas puertas de los apartamientos.

Hicimos las consultas necesarias para comprobar si hasta ese momento nuestro plan marchaba correctamente. El compañero Enrique Rodríguez Loeches, que intervendría con José Antonio Echeverría en la operación Radio Reloj, había estado con nosotros en ese instante y se marchó para dar aviso a los compañeros de aquella otra operación, de estar preparados. Julio García Olivera, que sería jefe de la acción de Radio Reloj y la Universidad, permanecería con nosotros hasta el momento que partiéramos para entonces reunirse con sus compañeros, y una vez pasados veinte minutos, actuar sobre su objetivo. Cada uno de los hombres de nuestro comando de asalto tenía las instrucciones precisas, que había conocido a través de una explicación a cada grupo con su jefe ante un plano de la parte interior del Palacio en que le correspondía actuar. Cada hombre tendría su misión, así como cada grupo su plan a desarrollar.

Eran alrededor de las dos de la tarde. Machadito recitó unos versos a los compañeros del apartamento de abajo que los enardecieron y llenaron de entusiasmo. Se escucharon frases decididas, de contenido humano y revolucionario. Un compañero escribió en un papel que firmó: «Hoy, Batista, un grupo de hombres te demostrará lo que es el valor y el amor a Cuba». Carlos Gutiérrez Menoyo dijo: «Vamos a un sacrificio, que no tiene recompensa

y en el que únicamente se puede encontrar la muerte. Soy bodeguero, si salgo vivo, sólo aspiro a regresar a mi trabajo, tengan en cuenta que los políticos están en acecho, esperando el triunfo de acciones como ésta para su provecho personal; quizás lo logren, pero de todas formas, aunque así pase, es necesario hacer esto.»

Faltaba una contraseña para cuando estuviéramos dentro del Palacio; yo la propicié: Directorio, sería la palabra de identificación. Dímos por una vez más las últimas instrucciones: que todos entren al edificio, nadie debe quedarse fuera, pues será blanco fácil de las balas disparadas desde la azotea y pisos superiores. Pegarse rápidamente a las paredes del Palacio y avanzar hacia la puerta en esa forma. Tener mucho cuidado con los compañeros que avanzan delante, pues con un movimiento involuntario podemos disparar nuestras armas y herir a un compañero. Cuando estén dentro del Palacio y tengan que salir de alguna habitación háganlo por la misma puerta que entraron para evitar confusiones entre nosotros.

Ya sólo nos quedaba bajar a la calle y subir a los vehículos en que partiríamos hacia «la casa de los tres kilós». Primero se sacaron las armas, envueltas en unas colchonetas para evitar las posibles miradas curiosas de algún vecino, a esa hora de entrada al trabajo. Después comenzaron a bajar los hombres de dos en dos, hasta el interior del camión, donde cada uno tomaba de nuevo su arma de las colchonetas desenvueltas.

Para lograr que este movimiento de armas y hombres no fuera descubierto accidentalmente, situamos al lado del camión al compañero Tony Castell, que, mientras el chofer Amador Silveriño simulaba con una gamuza limpiar el camión miraba atentamente hacia los lugares donde pudiera haber alguna persona; cuando comprobaba que

no había nadie, le daba una señal a otro compañero, que, situado en el pasillo lateral donde empieza la escalera, transmitía la señal a otros compañeros, situados en los pisos de arriba que nos la comunicaban, siendo entonces cuando bajaban, primero los bultos de armas, y después los hombres en pareja. Asimismo mandamos las armas destinadas a los dos automóviles en dos paquetes que fueron situados en los mismos y bajaron los dos compañeros que iban a manejarlos sentándose al volante. Ya habían bajado todos los compañeros que irían en el camión y sólo faltábamos los que montaríamos en los automóviles. Los apartamentos habían quedado desordenados y llenos de sombreros y sacos, que se ordenó a los compañeros se quitaran para que no les molestaran y porque además, habíamos acordado llevar como uniforme el de «descamisados», pues sería la mejor identificación en un lugar en que tanto sus moradores como visitantes acostumbraban a vestir elegantemente. De todos nosotros, sólo uno quiso ir de traje y fue el compañero Evelio Prieto Guillaume, que dijo «no se quitaba su gabardina».

Finalmente, bajamos hacia nuestros respectivos automóviles Carlos Gutiérrez, Pepe Castellanos, Luis Goicoechea, Ubaldo Díaz Fuentes, Wangüemert y yo. Ya se había recibido el informe de Ignacio González diciéndonos que estaba listo, pero de todas formas había un compañero situado frente al edificio que, al vernos salir, debía avisar a los compañeros semiacuafelados de la operación de apoyo. Asimismo Julio García salió en busca de los compañeros de la operación de Radio Reloj, para cumplir con la parte que le correspondía en el plan.

A las tres de la tarde el auto de Carlos Gutiérrez abrió la caravana, seguida del camión y, atrás del mismo, nuestro automóvil. Pasamos la media cuadra de la calle 21,

que mediaba de nuestro estratégico cuartel general al activo tránsito de personas y vehículos de la barriada del Vedado; seguimos hasta 26, y de aquí hasta la calle 17, por donde doblamos hacia La Habana.

Recuerdo que iba en el asiento de atrás, contemplando la calle y personas que por la misma caminaban. ¡Qué ajenas estaban al acontecimiento que iba a producirse dentro de unos minutos, conmoviendo a toda la nación! Aquella viejecita, llevando de la mano, a un niño, posiblemente su nieto, aquel señor grueso que con un maletín en la mano espera la guagua, o aquel dulcero que lleva sobre su cabeza una tarima de dulces, o el grupo de muchachas que alegres conversan en un portal o aquellos que pasan veloces en sus autos en busca del trabajo o de una cita con retraso, todo aquel conjunto de gente que es el pueblo que no sabe que aquel camión con un letrero que dice «Fast Delivery» y los dos automóviles que le acompañaban en busca de su libertad y felicidad perdidas a manos de un ladrón criminal que vamos a ajusticiar. Pienso que si nuestro movimiento tiene éxito, cuántos de aquellos transeúntes empuñarán un rifle a nuestro lado o cuántos de ellos morirán como víctimas en la calle; sin poder ni siquiera imaginárselo, al mirarnos indiferentemente cuando les cruzamos por el lado en este momento, a pocos minutos y horas de lo que les pueda suceder. Y es que en realidad en aquella tarde éramos el Destino. El Destino para nuestro pueblo. El Destino de cada una de aquellas gentes.

Los hombres en los automóviles debimos haber confundido a mucha gente, inclusive a algún batistiano, creyéndonos posiblemente agentes represivos, pues éramos cuatro hombres en cada automóvil y llevábamos las armas prácticamente al descubierto, con nuestras granadas col-

gando de la cintura, aunque conversábamos y alguna vez sonreíamos, llevábamos cierta marcialidad, con nuestros cuerpos erectos por la tensión y los rostros con una misma expresión. En el interior del camión «Fast Delivery», iban apretados los hombres unos contra otros, la oscuridad era total y el calor asfixiante. Menelao decía frases de aliento desde el fondo del camión, donde se hallaba situado. Pegados a la puerta, cuidando de que la misma no se abriera y prestos a ser los primeros en saltar fuera para proteger al resto de los compañeros en el «desembarco», iban Juan Pedro Carbó, José Machado, Tony Castell, Reinaldo León Llera y Evelio Prieto Guillaume. Este grupo de compañeros tenía una constante animación con sus bromas incesantes. Evelio tuvo que quitarse el saco por el calor, sin dejar de hacer un comentario sobre la posibilidad de que le echaran a perder la gabardina, llenándosela de huecos. Las puertas del camión tenían unas rendijas por las que constantemente vigilaban al exterior Carbó y Machadito. Este último vio a su novia mirando pasar el camión por una de las calles y con gran alegría lo hizo saber a sus compañeros.

Puedo afirmar que en aquellos momentos sentimos que aquel era el día más feliz de nuestras vidas. Creo que todos lo sentíamos así, pues la moral de todos los compañeros fue muy alta y realmente había gran júbilo entre los hombres de nuestro comando. Es que sabíamos que nuestro ataque al Palacio era una empresa de trascendental dimensión histórica, que haría libre a nuestro pueblo, ajusticiaríamos al tirano y daríamos un formidable ejemplo al mundo. Era, además, el gran momento con que todos habíamos soñado, cuando constantemente éramos perseguidos como alimañas por la policía asesina de Batista que, frente a nuestra impotencia, se ensañaba asesinando

y desapareciendo a compañeros, cuando lograba atraparlos, como en el caso de nuestro Rubén Aldama.

El auto de Carlos marchaba a la vanguardia, mientras yo cubría la retaguardia del camión. Estaba previsto que si se presentaba algún obstáculo delante del camión, Carlos se detenía, y se entendería con él, mientras yo continuaba con el segundo automóvil y el camión hasta el objetivo. Si, por el contrario, el inconveniente surgía a la retaguardia, sería yo quien, en unión de mis tres compañeros, me encargaría de eliminarlo, mientras Carlos seguido del camión, continuaría adelante. Si el obstáculo que surgiera era de envergadura tal, que podía hacernos casi imposible llegar a Palacio, o de recibirse algún aviso durante el camino de que no continuáramos sobre dicho lugar, disponíamos de un plan de emergencia, que consistía en dirigirnos sobre el Cuartel Maestre de la Policía y tomarlo, para continuar el mismo tipo de operaciones sobre las demás estaciones de policía, una vez que hubiéramos equipado suficientes hombres con las armas que ocuparíamos en ese Cuartel Maestre. La decisión era de no retroceder de ninguna forma. Ofrecer combate donde fuera necesario. Asimismo habíamos decidido, mientras estuvimos acuartelados, que de ser descubiertos y rodeados por la Policía en nuestro cuartel, nos abriríamos paso, dirigiéndonos hacia el Buró de Investigaciones, que era el objetivo más cercano a nuestras casas, y procediendo a su ataque. De suceder esto, pensamos que siempre nos enteraríamos a tiempo por la planta de la policía. A tal efecto habíamos organizado la defensa de nuestro edificio, la forma en que nos íbamos a comunicar los hombres de los dos apartamientos y escogido el lugar por donde saldríamos ordenadamente.

El resto del recorrido de nuestra «columna» fue el siguiente: de la calle 17 pasamos a O, Vapor, Espada, San Miguel, Campanario, Dragones, Monserrate, y de aquí al Palacio. Los muelles del camión habían cedido y su parte de atrás casi tocaba en el suelo; una goma había perdido tanto aire que parecía iba ponchado; al doblar la esquina de Campanario chocó la cama del camión con el contén de la acera, y además, tuvo que dar varios cortes para seguir adelante, por los automóviles que estaban parqueados en esa calle dificultando la maniobra. Hubo dos instantes en nuestra ruta en que creíamos que se iba a producir el primer choque con las fuerzas represivas: uno, cuando por San Miguel un carro patrullero de la policía se situó detrás del camión durante unas dos cuadras en que dobló por otra calle. Nosotros lo seguíamos con nuestro auto atentos al menor movimiento de los tripulantes de aquella preseguidora para atacarlos si se hacía necesario, hasta que desapareció, el otro, cuando el chofer del camión equivocó la ruta tomando por otra calle, mientras Carlos se nos perdía. Hubo que retornar para buscar la calle por donde iba el auto de Carlos, y accidentalmente cruzamos frente al libelo del «gangster» batistiano Rolando Masferrer. Aglomerados en la puerta había policías, guardaespaldas y chivatos armados, pero les pasamos por el frente sin que sospecharan nada.

Algunas veces el camión se nos alejaba algo debido al intenso tránsito, y teníamos que imprimirle velocidad, a nuestro automóvil para alcanzarlo; finalmente, tomamos por Monserrate unidos los tres vehículos, uno detrás del otro, hasta desembocar en el Parque Zayas, avistando con ansiedad el Palacio Presidencial.

Otra vez, el intenso tránsito de esa hora hace que nuestro carro se retrase un poco. Veo el automóvil de

Carlos, que ya comienza a doblar en la esquina del parque por la calle de Colón. Le digo a Abelardo que corra más, para tratar de coincidir al mismo tiempo en la llegada. Abelardo, que era un magnífico «chofer» pudo deshacerse de los carros que imposibilitaban nuestra marcha, lanzándose velozmente por una estrecha brecha que quedaba entre los vehículos que delante nos estorbaban y los que a la izquierda estaban parqueados. Doblamos a tiempo de haberlo hecho el camión. Seguimos adelante: el auto de Carlos ya se detiene ante la puerta del Palacio Presidencial. Nuestro carro frena a la izquierda, entre el camión y el auto de Carlos. Me lanzo fuera del mismo, seguido por Wangüemert, Abelardo y Osvaldito y avanzo hacia la puerta. Carlos Gutiérrez, ya está situado en medio de la arcada de la puerta de la calle Colón, en un movimiento tan rápido que resulta indescriptible. La sorpresa es tan perfecta que los guardianes no tienen más tiempo que el de ver cómo la ametralladora de Carlos los fusila. Allí, frente a la puerta, en el mismo centro, bajo la arcada, Carlos Gutiérrez Menoyo semeja un cíclope, bajo cuyo poder caen los soldados como fulminados por el rayo. Wangüemert y yo que avanzamos sobre la puerta, tenemos que disparar sobre dos soldados que le disparan a Carlos por la espalda, dejándolos fuera de combate. Castellanos, Almeida y Goicoechea se unen a Carlos, disparando sus ametralladoras. Yo he llegado a la arcada, mientras siento a Wangüemert a mi lado. Carlos entra por la verja abierta, que es la brecha victoriosa por donde tomaremos el Palacio. Ricardo Olmedo avanza hacia la puerta desde el camión, donde venía junto al chofer. Yo doy un salto hasta la verja, tratando de poner una mano en el hierro para tomar impulso detrás de Carlos. Me siento sacudido, débil, como si fuera de papel, pierdo mi estado consciente,

mientras tengo la impresión de que soy lanzado al aire por la mano de un gigante, con la sensación de que me voy en un sueño, sólo pienso: «¿Me han matado?»

Deben haber pasado algunos segundos antes de recobrar el conocimiento. Estoy sobre la acera y me siento aturdido. Por un momento no sé qué hacer, pero las ráfagas de balas pican continuamente a mi alrededor, sin saber por qué no me alcanzaron y hago girar mi cuerpo hacia la pared de Palacio. Me viene bien claro a la memoria lo que ha pasado y, cosa rara, recuerdo los lugares en que recibí los golpes de las balas. Tengo el brazo como acalambrado debido a un balazo. Me arde otro balazo en la cadera. Sobre el hígado el golpear como de un racimo de piedras. En ese momento me lamento de no haber muerto, pensando en el hígado destrozado. Me llevo la mano al lugar, viendo que no tengo la más mínima herida, sin embargo me duele allí mismo. Observo entonces que sobre esta parte de mi cuerpo llevaba yo cuatro granadas enganchadas al cinturón y han desaparecido, por lo cual llego a la conclusión de que las granadas me han salvado la vida, sirviéndome de coraza. Contra ellas deben haber chocado las balas desviándose y arrancándomelas de la cintura. El cinturón de seguridad lo tengo abierto. Los peines del M-3 han desaparecido, igualmente la pistola que llevaba a la cintura. Los proyectiles deben haber arrancado también el M-3 de mis manos y haberlo lanzado fuera de mi alcance. Sólo me queda en el bolsillo trasero del pantalón una caja de balas 45, de cincuenta tiros. Me siento débil y se me va la vista a cada rato. Reconozco el terreno y veo a un grupo de compañeros al lado del camión, en medio de la calle, disparando hacia los pisos de arriba de Palacio. Están cometiendo el error del que se les advirtió mil veces. Intento gritarles la orden de que avancen, pero

el ruido es ensordecedor por los disparos, y no se me escucharía ni a dos metros de distancia. Entre el lugar en que yo estoy y el que se encuentran los compañeros está la puerta del Palacio y en el pedazo de acera pegado a mí veo picar las balas a montones. Decido acercarme hasta ese grupo de compañeros y aprovecho un momento en que creo dejaron de caer balas a mi lado, para arrastrarme por detrás del automóvil de Carlos, estacionado frente a la puerta. Esperando la oportunidad llego hasta una guagua que está más adelante del camión. Pero en este movimiento soy descubierto y me dirigen abundante fuego desde los altos del Palacio. Me parapeto lo mejor que puedo detrás de la rueda de la guagua, mientras me dan en la cara partículas de metal, pintura y asfalto. Ahora no domino el lugar donde estaban los compañeros. Creo que han entrado o se han retirado. Medito en que he cometido el mismo error, alejándome de las paredes del Palacio y convirtiéndome en un «tiro al blanco». El fuego desde los pisos superiores va arreciando y sobre el pavimento se ven los impactos de las balas que caen como una lluvia. Sobre el lugar en que estoy me doy cuenta que algunas veces concentran el fuego y me resigno a morir, pues no puedo moverme hacia ningún sitio y creo que las balas en cualquier momento podrán alcanzarme. Me dan la impresión de que estamos ganando, de que la victoria será nuestra y me lamento internamente de mi suerte, que me tiene desarmado y acosado por las balas, perdiéndome la batalla triunfante dentro del Palacio.

Dirijo mi vista por un lado de la rueda, que es mi parapeto hacia la arcada de Palacio y veo a Ricardo Olmedo tirado en la misma, herido y agitando los brazos. Allí dan las balas también y me angustio al ver que no tiene fuerzas para moverse. Del lado de adentro



veo, disparando con su ametralladora al compañero José A. Alfonso. Me llama la atención su forma confiada de combatir, como si estimara que a él no podían alcanzarle los tiros.

La sorpresa de nuestro ataque y la fuerza del golpe asestado por nuestro comando fue de tal magnitud que ante el fuego incesante de nuestras armas automáticas, la guarnición se replegó. Se entabló fuerte combate en la planta baja, pero los defensores del Palacio fueron cediendo; huyendo hacia los pisos superiores. Una ametralladora calibre 30 quedó inutilizada en el patio. Los soldados habían sido barridos de la planta baja, que mantenían, sin dejar de disparar, los compañeros asignados a la misma. Al mismo tiempo que esto se producía, otros combatientes alcanzaban el segundo piso, subiendo por la escalera que está por esa entrada. Ya en el segundo piso habían avanzado, divididos en dos grupos. Hacia el ala izquierda avanzaron Carlos Gutiérrez, Pepe Wangüemert, Luis Almeida, Pepe Castellanos, Luis Goicoechea... recorriendo pasillos y aposentos hasta penetrar en el salón de los Espejos, donde sorprenden a tres miembros de la servidumbre que, con el espanto retratado en sus rostros, levantan los brazos. Carlos los interroga, pero es tiempo perdido, pues prácticamente no pueden hablar. Este grupo llega hasta la terraza Norte y ve que lejos, por la Avenida del Puerto, se asoman algunos policías; creándoles la impresión que ya todo el Palacio está tomado, les abren fuego durante un rato. Siguen estos compañeros en su labor de limpieza y llegan al despacho de Batista. Tienen que vaciarle varios peines a la cerradura para abrirlo, hasta que por fin, lo consiguen, pasando a su interior, donde registran infructuosamente. El otro grupo, con Menelao, Carbó, Machadito, Briñas, Adolfo Delgado, Esperón, Evelio Prieto, Ubaldo Díaz, Abelardo Rodríguez...

ha avanzado hacia el ala derecha, en idéntica operación al primero y entabla combate con la guarnición, que, desde el tercer piso, les hace fuego. Menelao dispara incesantemente, se mueve con la misma agilidad que el más joven del grupo. Delgado y Esperón parapetados en el pasillo que da al patio, contestan haciendo funcionar continuamente sus M-1, a los que les disparan desde los pisos superiores. Machadito lanza varias granadas contra esos pisos, donde los defensores del Palacio se han atrincherado. Seguidamente, toma unas bombas de siete cartuchos de dinamita que habíamos llevado por si era necesario abrir alguna puerta, enciende sus mechas y, uno a uno, se los lanza también. Cuando estas bombas explotaban sacudían todo el Palacio, haciendo un ruido tremendo y provocaban que la guarnición de Batista suspendiera el fuego, desconcertada. Después pudimos conocer que se creían que se les estaba atacando con un mortero. Una de aquellas bombas dio contra una columna y rebotó a los pies de Machadito, no explotando por suerte; igualmente le sucedió a Carbó, que lanzó una granada al interior de un cuarto, que era de cristal y madera, dándose cuenta de ello después de haber soltado la granada que tampoco estalló, pues de lo contrario lo hubiera matado. Abelardo y Osvaldito aparecían y desaparecían de un local a otro, sin cesar en la búsqueda del enemigo, que huía acobardado. Esperón y Delgado caen muertos, uno junto al otro. Machadito es herido en un muslo. Las balas rechazan en las paredes y hacen saltar los cristales, hechos añicos. Menelao permanece sentado en el suelo, desfallecido, aparentemente herido. El grupo de Carlos que ha avanzado por el ala izquierda, hace contacto con éste otro y se identifican al grito de «Directorio, viva el Directorio». Desde la azotea algunos soldados dan vivas al tirano, contestando a nuestros com-

pañeros. Esto hace presumir también que Batista ha ganado ya la azotea pues hasta ese momento la soldadesca ha permanecido en silencio. Carbó tiene un balazo en la planta del pie, que recibió al bajarse del camión de Tony Castell, León Llera y Machadito, para disparar sobre el parqueo oficial que estaba frente a Palacio. Esto no pudo hacerlo, pues al tirarse del camión recibió varias ráfagas que lo hirieron, le arrancaron la Thompson de las manos y le tumbaron los espejuelos, cruzándole varias balas tan cerca de la cabeza, que le dejaron trazadas varias quemaduras en el rostro. Carbó había quedado sin saber qué hacer y con escasa visión, por la pérdida de los espejuelos, pero en ese momento había escuchado el grito de Carlos diciendo: «Adelante, compañeros, que esto es nuestro», y había corrido hacia el interior del Palacio, donde se hizo de otra ametralladora. Aunque podía caminar, era un herido más. Wangüemert corría de un sitio a otro y hacía funcionar su M-2 contra los defensores del Dictador. Tenía la cara y la camisa llenas de sangre, posiblemente debido a los fragmentos de cristal que, al saltar por los disparos, podían haberlo cortado. Wangüemert era un combatiente entero, un verdadero revolucionario que sabía utilizar el pensamiento y la acción. Por eso, cuando sonaba el teléfono, dejó de disparar con su arma y atendió aquella llamada. Le preguntaron si era verdad que habían matado al «Presidente», a lo que contestó seguidamente: «Sí; le habla un miembro de la milicia armada del Directorio. Acabamos de tomar el Palacio y hemos matado a Batista...». Aquella contestación tenía el mismo valor que si fuera cierta, pues la llamada podía ser de Columbia, de un general o de un ministro de Batista; por tanto, a consecuencia de aquella contestación, podía paralizarse

toda ayuda al Dictador, o producir la huida de muchos de sus aliados, haciendo más probable la caída del régimen.

Briñas cae, con un balazo en el pecho, en los brazos de Carbó que lo lleva al lado de Menelao. Este lo atiende, pero Briñas muere inmediatamente. Carlos sube por una escalera y se asoma al tercer piso. Regresa y dice: «Muchachos, ya estamos en el tercer piso, vamos.» Machadito que ha hecho el recuento de la situación, se lo comunica a Carlos y le dice que son necesarios refuerzos. Carlos asiente y, acompañado de Pepe Casielles, se dirige por el pasillo hacia la escalera, para reclamarlos a los compañeros de la planta baja. Pero lo hace con tal confianza, por su valor temerario, que no advierte que se expone al fuego del tercer piso. Carbó trata de detenerlo, pues por el lugar que va a pasar, acaba de caer Briñas. Pero ya es tarde: Carlos y Castellanos caen atravesados por las balas. Carbó recibe también en sus brazos a Carlos y lo siente morir, oyendo sus últimas palabras, que son frases de indignación. Evelio Prieto tiene un balazo que le atraviesa la cara. La operación de apoyo no ha comenzado a funcionar, a pesar del gran tiempo transcurrido. Los compañeros, heridos y ya casi sin parque, se consultan, considerando que la operación se ha perdido, por lo que se impone una retirada. Hay que cruzar por el mismo sitio en que han caído Briñas, Carlos y Castellanos. Machadito se impone y dice: «Yo cubriré la retirada; cuando comience a disparar, retírense todos rápidamente, yo seré el último» y con valor sin igual, emerge ante los franco-tiradores del tercer piso, haciendo tabletear su ametralladora en una ráfaga interminable, mientras todos los compañeros se deslizan por la escalera hacia la planta baja. Indudablemente que los batistianos no quisieron exponerse a la ametralladora de Machadito. Al retirarse por

las escaleras, los proyectiles de lo que parecía un arma de grueso calibre arrancaban pedazos de pared al paso de nuestros compañeros. En unión de los compañeros que quedaban en la planta baja, se inició la retirada. Al tomar todos en distintas direcciones, a Machadito se le perdió Carbó, por lo que volvió a entrar en el Palacio a buscarlo. Machadito fue un verdadero héroe del asalto al Palacio. Se retiró con Evelio Prieto y otro compañero por Monserrate, disparando a diestra y siniestra.

En nuestro plan teníamos calculado que la retirada del Palacio era imposible, si no funcionaba la operación de apoyo, y que todo aquél que lo intentara no lograría caminar muchos metros vivo, cuando se separara de las paredes del Palacio. Y aunque algunos compañeros cayeron en este intento, otros logramos retirarnos, milagrosamente vivos. Cada una de las retiradas de los que lo lograron, es una operación en que interviene la audacia, la decisión y la suerte en gran medida, de lo que podría hacerse un extenso e interesante relato. Tan seguros estábamos de que la retirada era imposible, sin ayuda exterior, que Carlos me había propuesto cerrar con llave al Palacio y botar la misma, en caso de que nos fallara la segunda operación, ya que si nos iban a matar de todas formas, ésta era una manera de precisarnos a todos a buscar a Batista y morir peleando por esa posibilidad, antes que caer en una retirada imposible. La forma en que se desarrolló el ataque hizo impracticable esta idea, ya que en el momento de la retirada, la cantidad de hombres que quedaban, sus heridas y escasez de parque no la permitían, aunque así lo hubieran deseado.

El éxito del ataque al Palacio Presidencial le hubiera ahorrado a nuestro pueblo dos años de opresión sangrienta. Si fracasó, no fue porque el plan fuera malo,

o por falta de hombres y armas ante un enemigo superior, sino porque hubo un fallo del factor humano. Fallaron los hombres que, irresponsables, no quisieron renunciar al halago, a la admiración y a la fama; a todo se comprometían, sabiendo que en el momento del llamado, en que se reclamara que respondieran de acuerdo al valor que se les había dado, no serían capaces de hacerlo, por falsos y alardosos. Fallaron los hombres en el cumplimiento del deber, en la fidelidad al compañero, en el culto a la amistad y en el amor a la causa.

La confianza que se tuvo en que la operación de apoyo funcionaría, estribaba en que a los hombres responsabilizados con su dirección se les consideraba elementos sumamente competentes en el manejo de las armas y en el mando, por ser algunos veteranos de la guerra civil española. También esa confianza absoluta nacía de la amistad que existía entre los mismos y Carlos Gutiérrez Menoyo y Menelao Mora, que hacía pensar que esos hombres preferirían morir antes que incumplir su palabra comprometida en la empresa.

En una oportunidad yo propuse para Jefe de esta operación de apoyo a nuestro compañero Pepe Wangüemert. Sabía que tenía las cualidades necesarias para hacer ejecutar la misma: capacidad, valor, decisión, verdadero espíritu de sacrificio y supremo interés en hacer triunfar el plan que nos proponíamos acometer. Además, yo había notado como cierto escepticismo en aquél a quien se había confiado esta parte del plan, y mucha descoordinación con sus lugartenientes. Esto me hizo recordar que estos hombres, aunque eran veteranos de la contienda civil española, ya distaban muchos años de aquella heroica guerra del pueblo español, encontrándose los mismos en una edad en que, era lógico suponer, no tu-

vieran los mismos arrestos de veinte años atrás. Confirmaba esta deducción al revisar el proceso posterior, en que muchos de ellos intervinieron en empresas de este tipo, que siempre fracasaban, desde la de Cayo Confites, pasando por la de Luperón, hasta nuestros días, en que en la lucha frente a Batista jamás lograron la realización de uno sólo de los muchos planes en que se vieron comprometidos.

Carlos y Menelao estuvieron de acuerdo conmigo, pero me plantearon el temor que tenían de que, si nombráramos jefe de la segunda operación de apoyo a Wangüemert, esto provocara el disgusto de aquéllos, a quienes ya se había comprometido en el movimiento y, afectados de tal manera y liberados de cumplir la palabra empeñada, se dieran a la tarea de hablar, poniendo en peligro todo lo que habíamos logrado, haciendo abortar el ataque a Palacio. Por tanto, con este argumento hubo que desechar mi proposición, concluyendo que era preferible seguir contando con aquellos elementos, tomando el riesgo de que nos abandonaran en el momento crucial, a cambio de no darles la oportunidad de hacerlos fracasar, antes de la ejecución del plan.

Y así fue, pues se evitó lo último, mientras sucedía lo primero. Mientras se iniciaba el asalto del comando a Palacio, a las tres y veinte de la tarde, Ignacio González, situado en el Paseo del Prado con un grupo de compañeros que esperaban sus órdenes, no supo darlas, y, mostrando una indecisión terrible, se paseaba de un sitio a otro sin saber qué hacer, a pesar de haber allí hombres y, a poca distancia, un camión repleto de armas, conducido por nuestro compañero Domingo Portela para la operación de apoyo. Mientras tanto, sus lugartenientes Valladares, Morales, etcétera, situados en Luyanó, con una

buena parte de los compañeros semi-acuartelados, a pesar de haber escuchado por radio que había comenzado el ataque a Palacio y de hacérselo saber algunos de los presentes, que los conminaban a iniciar la marcha sobre Palacio para cumplir con el papel que se les había asignado, se mostraban remisos a dar orden de partir hacia el lugar que su palabra empeñada les señalaba, aduciendo para no hacerlo, distintas razones sin justificación, como era la de que no lo harían hasta que recibieran una llamada telefónica de Ignacio. También el camión que llevaba montada una calibre 50 y demás armas, no hubo de funcionar, aduciendo sus responsables posteriormente que se debió a que la 50 estaba mal montada, a que había quedado en un «tranque», debido al tráfico de vehículos, que los paralizó, o a que llegaron demasiado tarde y ya estaban entrando en acción los tanques del Ejército.

Así fue la actuación de los hombres que debían haber actuado en la operación de apoyo y que, por su culpa al no hacerlo, hicieron fracasar aquel movimiento, que de no ser por su cobardía, habría triunfado y hubiera evitado la pérdida de las vidas de la mayoría de los valientes que aquel día, cumpliendo con la patria y el compromiso de honor que contrajeron, se lanzaron al ataque más heroico que recuerda nuestra lucha por la libertad.

A pesar del fracaso, aquel gesto heroico hizo tambalear a la dictadura. Aquella hora y minutos de combate en Palacio, las noticias dadas por Radio Reloj, así como la arenga trunca de José Antonio Echeverría, hicieron posible que a Batista se le creyera muerto durante varias horas por todo el pueblo, incluyendo a muchos de sus cómplices, que se escondieron corriendo a las embajadas, temerosos de la justicia popular.

El Dictador, una vez que recobró la voz, ante lo difícil de la situación en que se encontró, atacado y rodeado por los hombres del Directorio y a pesar de pedir desesperadamente ayuda a Columbia y demás mandos militares, no la recibía, abandonado a su suerte, comprendió que, a pesar de haber salido con vida, los efectos de aquel movimiento todavía no habían terminado y aún podrían desprenderse del mismo consecuencias desastrosas para su régimen tiránico. Ensayó un mal discurso dirigido a la nación, y en los subsiguientes días maniobró, con la complicidad de la pseudo-oposición a través de la llamada Comisión Interparlamentaria, tratando de recobrar la estabilidad que había perdido ante el embate revolucionario del 13 de marzo y que amenazaba con la posibilidad de un derrumbamiento total.

«Frente a la traición de los elementos politiqueros que pretenden ponerle precio a la sangre vertida», escribe Joe Westbrook en documento que hace público el DIRECTORIO REVOLUCIONARIO, sobre los hechos del 13 de marzo. Pero a los politiqueros solamente les interesa cobrar y es de Batista de quien pueden recibir el pago por serviles; ajenos a la honda tragedia de su pueblo, aceptan la deshonra de ser miembros de un falso Congreso, y, miserables, no son capaces de dejar al Dictador solo en su maniobra y se le ofrecen, y se prestan a servirle para que el mismo se recupere del mal trance que ha sufrido.

Batista, además, quiere dar la impresión de seguridad, y se convoca a un acto de «desagravio» el 7 de abril, en que bajo todo tipo de presiones, se hará concurrir a empleados públicos, mientras al mismo tiempo, los días 27, 28 y 29 de marzo y 1, 2, 3, 4 y 5 de abril hace desfilar y postrarse ante él mismo, en babosa adu-

lonería, a quienes le han acompañado en el acto de deglutirse la República; los mercaderes nacionales y extranjeros de la política y la economía que, cómplices de Batista saqueaban a la Nación hipotecando su futuro.

Sirvió este cuadro para que el pueblo observara gráficamente a sus enemigos reunidos, y hasta dónde había llegado el desparpajo.

Por eso podemos considerar el 13 de marzo como la clarinada definitiva que condujo a nuestro pueblo a la unidad total frente a Batista. La intervención decisiva del pueblo de La Habana, en forma organizada y activa nació en aquella fecha. Hasta ese momento, grupos de heroicos jóvenes mantenían encendida la Revolución con sus actos en la capital. Ahora sería todo el pueblo el que se incorporaría a la acción contra la dictadura, a través de sus organizaciones revolucionarias, en el mayor movimiento de resistencia popular que se recuerde en la historia de nuestras luchas por la libertad. El 13 de marzo fue la conmoción que propició el aporte generoso de hombres, mujeres y hasta niños, que jamás cesó hasta el mismo día de la liberación para lograr el derrocamiento de la tiranía sangrienta de Batista.

Nadie fue remiso a dar, cada semana y cada mes, su aporte económico incansablemente. Las emisiones de bonos se multiplicaron ante la demanda extraordinaria de los mismos. La literatura revolucionaria se hizo más frecuente, circulando de mano en mano. Todas las clases organizaron sus grupos de resistencia, vertebrándose en un formidable movimiento por todo el país. Cayeron muchos compañeros más, pero «surgieron cientos de combatientes», como afirmara el DIRECTORIO REVOLUCIONARIO en su documento sobre el 13 de marzo. Aquel día no logramos ajusticiar al déspota y cambiar

el sistema, como era nuestro propósito, pero dimos un impulso decisivo al gran movimiento que lo haría en realidad tras dos años de combate.

José Antonio Echeverría, en su testamento político dejaba escritas sus últimas palabras de orientación. «Tenga o no nuestra acción el éxito que esperamos, la conmoción que originará nos hará adelantar en la senda del triunfo. Exhorto al pueblo de Cuba a la resistencia cívica, al retraimiento de cuanto pueda significar un apoyo a la dictadura que nos oprime, y a la ayuda eficaz de los que están sobre las armas por libertarlo». El visionario indicó el rumbo, que todo su pueblo leyó en aquellas palabras sencillas y colmadas de valor, rubricadas con su propia sangre.

No se equivocó José Antonio al sentenciar con toda firmeza y convicción al tirano y al exhortar, con plena confianza en el espíritu de sacrificio de nuestro pueblo, a la lucha viril. Su mensaje, recogido, fue como un eje sobre el que coincidieron y giraron todas las fuerzas revolucionarias. El sacrificio del 13 de marzo fue la inspiración. José Antonio Echeverría, fue el argonauta que señaló el camino.

El 13 de marzo fecundó la Revolución Cubana. Fue el holocausto que irguió a la Nación. Fue la conmoción que sacudió, poniéndolo en pie, a todo un pueblo que unido, comenzó a forjar su libertad. Fue prédica ejemplar con Menelao Mora: «Hemos sido derrotados, pero no vencidos». Fue arenga invencible con Carlos Gutiérrez: «Arriba compañeros, que esto es nuestro». Fue el llamamiento definitivo con José Antonio Echeverría: «Que nuestra sangre señale el camino de la libertad». Fue el 13 de marzo el signo precursor del triunfo de la Revolución.